

Mi alma quien por suerte venturosa
 Todo lo goza, adora y obedece:
 Pues, ojos, rayo, luz, amor y gloria,
 Moved aquí el pincel, guiad la historia.

La historia es de la gloria en mí nacida,
 Y vosotros autores desta gloria;
 Si vos haceis la suya mas cumplida,
 Ella deja la vuestra mas notoria:

Si mirando matais, tambien dais vida;
 Y de un caso tan digno de memoria
 El premio es mio, y vuestras las hazañas,
 Y amor quien las escribe en mis entrañas.

En cualquier parte desá luz hermosa
 La vida con la muerte está escondida:
 Ojos, ¿quien vió jamás, ni oyó tal cosa,
 Dar vida y muerte sola una bebida?

Si mirando dais vida deleitosa,
 Si mirando tambien quitais la vida,
 Quien no se concertare con la suerte
 ¿Como podrá librarse de la muerte?

El riesgo es grande, grande la riqueza:
 Mas el amor lo hace todo llano;

Y esos dos relicarios de belleza,
 Reclamamos y señuelos de su mano,
 Esferas de hermosura y fortaleza,
 Estrellas, soles, luz de mi verano,
 Pomas alegres, do el placer se anida,
 Ventanas del alcazar de la vida.

Sois esmeraldas de virtud divina,
 Sois luceros hermosos de mi cielo,
 Sois cielos donde amor tiene la mina

Mas rica de su gloria y su consuelo:
 Sois tesoro y riqueza peregrina,
 Sois toda la beldad que encierra el suelo,
 Templos dó amor ha puesto mis despojos,
 Sois ojos de las lumbres de mis ojos.

Pues, ojos de las lumbres de mis ojos,
 Basta, paren aquí vuestros desvíos,
 Antes que por seguir vanos antojos
 Los que ahora os adoran volvais rios:
 Si nunca procuré daros enojos,
 Nortes, luceros bellos, ojos mios,
 Al alma que os he dado en dulce empeño
 No la asombreis con su capote y ceño.

Mirad bien, basiliscos soberanos,
 Que no es gloria quitársela á un rendido;
 Pues sois hermosos, sed tambien humanos,
 Porque en vosotros todo esté cumplido:
 Si un rayo vuestro hace mil veranos
 Del invierno mas seco y desabrido,
 Hermosos soles de mi primavera,
 No permitais que en este invierno muera.

Volved agora á mí esas lumbres de oro,
 Y volvereis mi alma envuelta en ellas,
 Pondreis silencio en mi tristeza y lloro,
 Y mi dicha pondreis en las estrellas:
 Hareis de mi pobreza gran tesoro,
 Que esto y mas pueden esas luces bellas;
 Pues luces bellas, luces de mi cielo,
 Basta, que va sin vos perdido el vuelo.

Las nuevas rimas de Clarenio, aunque hasta entonces poco usadas entre pastores, á todos fueron de gran contento: solo Melancio, como si ellas le fueran ocasion de nuevas lágrimas, al mejor tiempo, sin bastar nadie á detenerlo, nos dejó; que cierto, segun yo pienso, á un corazon triste cualquier entretenimiento cansa. Los mas nos compadecimos de él, y algunos le acompañáramos si nos viéramos suficientes á remediarlo: mas por entonces todos al parecer de Clavelio nos inclinámos, que con sus versos nos afirmó ser el tiempo médico universal de semejantes pasiones, bálsamo de todas pesadumbres, y caudaloso Leteo de bienes y males. Y aun mas dijo él: me atreveria á contar que este dorado sol, que ahora hecho una sola llama vemos, no como habeis oido decir, de noche por debajo de nuestros pies anda volando: mas luego que se acaba el dia, toda su lumbré se deshace en aquellas mismas centellas que por el cielo andan derramadas, que yo no pienso que otra cosa sean que las encendidas teas con que los soberanos dioses se alumbran, á quien los mortales han dado nombre de estrellas. De estas pues es bien que sepais, que luego que sobre el oriente se oye la primera voz del lucero pregonando el dia, poco á poco se juntan todas como si una sola llama fuesen; y esta, echando de sí encendidos rayos de fuego, volando sube con doradas alas por la altísima bóveda del mundo, salien-

do quizá de aquella oscura cueva de adonde tambien suelen salir los espantos que por las calladas sombras de la noche vuelan. Pues si toda esa grandeza de dia y esa masa celestial de fuego, que para todos tiene lumbré, con el tiempo se deshace y amortigua, y anda en truecos y variedades con nosotros, ¿que mucho que espere bonanza quien aun puede respirar en la tormenta? Así Clavelio nos habló, y todos con grande reverencia le escuchamos, loando al cielo porque entre nuestros pinos pastores tan entendidos se hallasen; y él, volviendo los ojos á Beraldo, que con la zampoña de Florenio ni menos triste, ni mas placentero se mostraba, así por burlar le dijo: á dicha, pastor, ¿querrásme agora trocar esa tu nueva zampoña á una antigua cítara que tengo, de tan vivas y suaves voces, que si fuera de estas selvas acertases á tocarla, como Aristeo en otro tiempo hizo, famoso entre los pastores quedarias, y aun de los pinos y robles que á escuchar el son bajasen poderoso serias á hacer nuevas selvas y nuevos nunca vistos bosques en el mundo? Mas si tú, como yo creo, á los que tras este pastor vienen no te amañas á pasar, de buena gana te aconsejaria que con tu rústica zampoña te contentes; de modo que ni su son saliese de entre las hayas, ni tú fuera de los álamos hallases tu nombre escrito. Pastor, respondió Beraldo corrido de semejantes palabras, hasta ahora no me des-

precio de haberme criado entre robles y encinas, ni mi musa de habitar las selvas está afrentada. Ellas en tiempo de aquellos divinos cónsules no se tuvieron en menos que la sonora trompa de Marte, á la cual como yo atrevidamente quisiese llegar mi rústico labio, así un cercano laurel, no sin virtud divina movido, sentí que me dijese: la edad crecida y las robustas fuerzas faltan, y al pastor solo apacentar sus ovejas conviene, y con flaca vena escribir rústicos cantares por álamos. Dijo; y yo las cercanas deidades humildemente adoré. Mira tú, pastor, si es lícito pasar los límites que el cielo señala. Pan es el guardador de nuestros montes y el dios de las ovejas y cabañas, y el que juntando cañas hizo al mundo la primer zampoña: ni yo desprecio su son, ni de imitar cantando un tal dios por estos prados me desdeño; ni tú, cabrerizo, creas que Apolo en solos los riscos del Parnaso se recree: los bosques tambien le agradaron, y aun viven todavía sus versos por los pinos. ¿Y como, acudió entonces Rosanio, tú piensas que á todos las humildes retamas entretienen, y las pequeñas cosas agradan? Las cabañas y pastores las menos veces se admiten, y mas si las flores son abrojos, las fuentes amargas, los campos por cultivar, las selvas llenas de marañas, la llaneza en solo el nombre: á las nuestras el cielo dé lo que les falta; y tú deja los tristes pensamientos en que vives: respóndeme, que pues Claudio lo

rehusa, gustaré de cantar contigo: veamos como sabes tocar la nueva zampoña.

ROSANIO. BERALDO.

ROSANIO.

Dime, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado
Conque te vide ayer pasar el rio?
¿O á soldada con Clónico has entrado?

BERALDO.

No, mas á Tirsis guardo su cabrío:
Dos cabras solamente tengo mias,
Y el cabron la mitad tambien es mio.

ROSANIO.

¿Como tan desmedradas las traías?
¿Tú no solias ser pastor lozano
Cuando las vacas de Alemon pacías?

BERALDO.

Ya pasó, compañero, ese verano,
Y sucedieron tantas tempestades,
Que igualaron los montes con el llano.
Lleva el cielo tras sí las voluntades,
Y así nunca dá vuelta que no sea
Ocasion de infinitas novedades.
Lo mismo que dá en rostro nos recrea,
Y aquello que parece mas durable
Ayer se desechó, y hoy se desea.

ROSANIO.

Pastor, si á dicha el tiempo es variable,
El ánimo del hombre no es de tiempo,
Y así le asienta mal el ser mudable.
A quien tantas mudanzas le da el tiempo

No le llamaré yo corazón noble,
 Llamarle he corazón de pasatiempo.

BERALDO.

Mas firme soy que envejecido roble,
 Pastor, palma inmortal es mi cuidado,
 Que no sabé quebrar por mas que doble.
 Si en otro tiempo andaba descuidado,
 Y solo con mis cabras me avenia,
 Quizá que no seria enamorado:
 Mas ahora yo pienso que daría
 La mitad del ganado á quien me diese
 Ver unos ojos que otro tiempo vía.

ROSANIO.

Yo tambien, si alabarme pretendiese,
 Mi Filis tengo, y soy enamorado;
 Y aun holgaria que ella lo supiese.
 Que cuando llevo á casa mi ganado
 Suele aguardarme sola en el camino,
 Y me asombra si paso descuidado.
 Rosas la llevo y flores de contino,
 Y pongo mis guirnalda á su puerta,
 Y me huelgo de hablar con su vecino:
 Y de la primer fruta de mi huerta
 Una cestilla la enviaré colmada,
 Toda de flores y azahar cubierta.

BERALDO.

Esa, pastor, es afición pintada;
 Ni el verdadero amor cabe en el seno,
 Ni deja el alma andar tan descuidada.
 ¿Yo no te vi pasar el sayo lleno
 De paja, y todo tal, que me hiciste

Reir un grande rato con Fileno?
 Y en mi cabron te digo que pusiste
 Los ojos al pasar por cierto paso,
 Que yo bien te miré; tú no me viste.

ROSANIO.

Seria por ventura, cuando acaso
 Cansado de coger fruta madura
 De mis huertos volvia paso á paso:
 Mas si yo voy á ver la hermosura
 De Filis, luego limpio mi vestido,
 Y me cubro de rosas y frescura.
 Y tan lozano voy por el ejido,
 Quella, segun me dicen, por mirarme
 Mil veces de su madre se ha perdido.
 Si me siente cantar, baja á acecharme;
 Y esto en Filis no es mucho, si el ganado
 Se olvida de pacer por escucharme.

BERALDO.

Basta, pastor, que vives confiado:
 ¿Ya tú sabes juntar cañas con cera?
 ¿Tu voz en estas selvas ha sonado?
 ¿Yo no te oí un dia en la ribera
 Una flauta sonar áspera y dura,
 Y acompañarla de una voz grosera?

ROSANIO.

¿Quieres cantar conmigo por ventura?
 ¿Quieres que los dos juntos nos probemos,
 Y tú salir quizá desalocura?
 Sendas preseas, nuestras apostemos,
 Un arco nuevo he de tener curioso,
 De cuerno reforzados los estremos;

Todo de un palo índico oloroso
 Con labores de estaño guarnecido,
 Digno de cualquier brazo valeroso.
 Y un carcax de lo mismo, dó esculpido
 El malogrado Adonis yace muerto,
 Al pie de un fiero jabalí tendido.
 Mas contigo haré nuevo concierto:
 Es precioso mi arco, y no querria
 Aventurar tal joya á caso incierto.
 Sola una cabra tengo toda mia,
 A criar dos cabritos enseñada,
 Y ordeñarse dos veces cada dia;
 Aquesta sí será de mi apostada.
 Bien es el premio harto aventajado:
 Señálame otra tú de tu manada.
 BERALDO.
 No cabra, mas un vaso delicado
 Te apostaré, de tanta hermosura,
 Que no te quejarás por agraviado:
 Labrado es todo de madera oscura:
 Clonio en el monte se halló la rama,
 Del divino Cleantro es la hechura.
 De ébano, ó nogal quizá se llama;
 Y bien cabe su entalle por famoso
 Entre las cosas dignas de la fama.
 Es todo el vaso un bosque deleitoso,
 Y en medio dél tres diosas hermosísimas,
 Delante un pastorcillo venturoso:
 Así hechas las hojas sutilísimas,
 Que con ellas parece que se enraman,
 Y al pastor quieren parecer bellísimas.

A juzgar no se qué las tres le llaman,
 Una pienso que es madre de Cupido,
 No sé las otras dos cómo se llaman.
 Por ser mi vaso, como ves, polido,
 Al labio hasta ahora no ha llegado,
 Que en mi zurrón guardado le he tenido.

ROSANIO.

Tambien á mí otro vaso delicado
 Cleantro me labró, tambien el mio
 De ninfas y de bosques ilustrado:
 Donde pintó de Orfeo el desafío,
 Que hizo con los montes que le oian,
 Y á oír su canto se detuvo un rio:
 Las selvas puso allí que le seguian,
 Y los pinos tambien, que sin ruido
 De las mas altas sierras decendian.
 Por ser mi vaso, como ves, polido,
 Al labio hasta ahora no ha llegado,
 Que en mi zurrón guardado le he tenido.
 Cualquiera cosa apostaré de grado;
 Escoge tú, que si mi cabra vieses,
 No hay que alabar tu vaso delicado.

BERALDO.

Bien cantaria yo cuanto quisieses,
 Mas somos compañeros, y algun dia
 Juntos hemos segado nuestras mieses:
 Por tanto, si querrás en compañía,
 Dejando ahora nuestro honor aparte,
 Los dos cantemos la pastora mia.

ROSANIO.

Canta, que soy contento de ayudarte;

Que nada habrá que tu amistad deshaga,
Aunque estaba resuelto de ganarte.

BERALDO.

El cielo con mi fe te satisfaga
La nueva obligacion en que me pones,
Pues solo amor con lo que obliga paga.

Oid cielos, oid los ricos dones
Que en mi cielo encerrais; y tú, pastora,
Recibe nuestras puras intenciones.

ROSANIO.

Los nuevos resplandores de la aurora,
Las tiernas rosas, las doradas flores,
Cuanto en los senos el verano mora,
No son, pastora, mas que borradores,
Do quiso retratarse tu belleza,
Dados como al descuido los colores.

BERALDO.

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría;
Las nubes llenas de oro y de riqueza,
Los mensageros del alegre dia,
La luz que siembran por la tierra y cielo,
Sin tí, pastora bella, es noche fria,
Tristeza, enfado, angustia y desconsuelo.

ROSANIO.

Pastor, si veo un monte, en cuya cumbre
Dejó un cielo plantado
La primavera con alegres flores,
Que con la clara lumbre
Del nuevo sol dorado
Echa de sí mil varios resplandores,

Me parece que miro alguna cosa
Que es sombra del cabello de tu diosa.

BERALDO.

Los lazos con que amor cautiva y prende,
Las redes y marañas
Con que enreda mil almas y mil vidas;
El oro con que enciende
El fuego en las entrañas,
Que las deja en ceniza convertidas,
Dese cabello de oro ensortijado,
Por nuestro bien, pastora, fue robado.

ROSANIO.

¿Has visto los remansos mas hermosos
De la leche cuajada,
Cuando temblando apenas deja verse,
O en llanos espaciosos
La nieve no pisada,
Que abriendo el sol comienza á deshacerse?
Pues aun es mas hermosa, y sin mancilla,
La bella frente de tu pastorcilla.

BERALDO.

Le bella frente de mi pastorcilla,
Si yo quisiere ahora
Darla en comparacion justa y medida,
La plateada silla
De la rosada aurora,
Quedára en su retrato deslucida,
Amortiguado el sol resplandeciente,
Y el dia en las ventanas del oriente.

ROSANIO.

Unos arcos y venas van parejas

Por la blanca azucena,
 Que te parecerán oro escarchado:
 Mas mirando las cejas,
 Y la frente serena
 Donde tu paraíso está cifrado,
 Verás, no oro escarchado con el hielo,
 Mas dos arcos de gloria en solo un cielo.

BERALDO.

Si hay dos arcos de gloria en solo un cielo,
 Serán, pastora mía,
 Los dos arcos triunfales de tus ojos,
 Con que amor tira al suelo
 Saetas de alegría,
 Y le siguen mil almas por despojos:
 Dichosos arcos y dichosa vira,
 Y mas dichoso el blanco á quien se tira.

ROSANIO.

El sol, la luna, el alba y el lucero,
 Las doradas estrellas,
 Los ejes de oro en que restriba el cielo,
 El día placentero,
 Bañado en luces bellas,
 Lloviendo lumbre y gloria por el suelo,
 Son, pastora, los bienes que á manojos
 Saca amor por las puertas de tus ojos.

BERALDO.

Saca amor por las puertas de tus ojos,
 Pastora de mi vida,
 Cuanto bien por el mundo se reparte;
 Fenecen los enojos,
 Y la alegría escondida

Brota al moverlos tú por qualquier parte:
 ¡Ay ojos míos, quien volviese á veros
 Sin nuevo sobresalto de perderos!

ROSANIO.

Quisiera aquí pintar de tu pastora
 La boca soberana,
 Conchuela en cuyos senos plateados
 Un paraíso mora,
 De adonde llueve y mana
 La gloria que dá amor á sus privados;
 Donde lo menos que hay es el concierto,
 Del blanco aljofar en rubies enjerto.

BERALDO.

Del blanco aljofar en rubies enjerto,
 Mas claro y mas lustroso
 Que el que nace en conchuelas orientales,
 El tesoro encubierto
 En el seno precioso,
 Do se crían mis bienes y mis males,
 Es la riqueza que á la vista envía
 Esa celestial puerta de alegría.

ROSANIO.

¡Has visto entre la nieve deshojada
 Una encarnada rosa,
 O algun rubí sobre marfil sentado,
 O á la nieve mezclada
 La hojuela olorosa
 Del clavel rojo en carmesí bañado?
 Pues aquesto es tinieblas y pobreza,
 Belisa, puesto ante tu gran belleza.

BERALDO.

Belisa, puesto ante tu gran belleza
 El cielo arrebolado,
 El alba, la mañana y su frescura,
 Las galas, la riqueza,
 El primor mas cendrado
 Que hay en los cofres de la hermosura,
 Es comparar el sol con una estrella,
 O con la noche oscura el alba bella.

ROSANIO.

No mas, pastor, no mas, que se han pasado
 Las horas y el frescor de la mañana,
 Y el tiempo y la ocasion nos han burlado.

BERALDO.

Comenzamos labor muy soberana,
 Y trasladó el pincel que era del suelo
 De estampa celestial pintura humana.

ROSANIO.

Ya en lo mas alto del dorado cielo
 La carroza del sol, fuente del dia,
 Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.
 Nuestro ganado busca el agua fria,
 Y el pasto fresco, en que pasar la siesta,
 Que entre silvestres árboles se cria.

BERALDO.

Ya el mio va subiendo por la cuesta;
 Corre, pastor, recoge tu manada,
 Y allá te aguardo al val de la floresta,
 Cabe el pino, al bajar de la cañada.

EGLOGA SEGUNDA.

Luego que los pastores con el dichoso fin
 de sus cantares dejaron envidiosas las selvas,
 á cada uno pareció hora de bajar á la ribera.
 Y siguiendo todos este parecer, porque nues-
 tros ganados confusamente se repastaban por
 aquellos ejidos, casi los mas nos fuimos jun-
 tos, quien á buscar las vacas, quien á llevar
 al agua sus ovejas; unos á sacar de entre las
 espesas matas las golosas cabrillas, y otros fi-
 nalmente á requerir las pesadas yuntas de
 bueyes que á soldada de caudalosos labradores
 guardaban, sino fue el vaquero Graciolo, que
 en busca de una blanca becerra se entró por
 el bosque. Todos con placenteras burlas, de-
 jando sola la amada Erifile, nos íbamos acer-
 cando á la ribera; y apenas del primer lugar
 nos apartamos lo que el ladrar de un perro se
 puede oír, quando á un lado del bosque de
 improviso sonó una zampoña que á todos pu-
 so deseos de saber cuya era; y como los mas
 señalados de la ribera aquella mañana se ha-
 bían hallado en la fuente, ninguno podía pen-
 sar quién oyendo nuestra conversacion en
 aquellas soledades estaba emboscado; y unos
 señalando uno, y otros otro, con el menor